También se empleó á los literatos en las misiones diplomáticas; así por ejemplo, el poeta Justo da Conti, de la familia de los condes de Valmontone, fué enviado en 1447 á Rímini, con una misión para Segismundo Malatesta (1). Bartolomé Roverella fué con una comisión del Papa á la corte de Enrique VI de Inglaterra (2). En tales circunstancias se concibe que Filelfo, que después de la muerte de su segunda mujer fué tentado de la ambición de alcanzar una alta dignidad eclesiástica, dirigiera al Papa una petición de dispensa compuesta en hexámetros. En esta solicitud, que por otra parte no obtuvo contestación del Papa, asegura Filelfo, que ya desde su juventud había tenido inclinación á consagrarse enteramente á Cristo «Gobernador del Olimpo» (3). No parece que esto escandalizara á nadie; antes se miró como una necesaria consecuencia de la índole de la lengua latina, ó bien como una inocente chanza de aquel erudito.

En realidad, los representantes del falso renacimiento no llegaron en esta época á hacer una oposición abierta contra la Iglesia. Verdad es que se pueden notar en ellos, con bastante frecuencia, afirmaciones que no era fácil conciliar con las ideas cristianas; pero generalmente las proferían sólo de pasada, y en frases envueltas en la ligereza del discurso, las cuales sus autores hubieran explicado sin dificultad en otro sentido ó hubieran borrado (4). También era entonces muy difícil prever el curso y las consecuencias que más adelante llegaría á producir esta corriente que se había apoderado de los ingenios. Sólo tales consideraciones explican que un varón personalmente tan piadoso como Nicolao V (el cual fué el primer Papa que anduvo á pie en las procesiones llevando el Santísimo) (5) considerara todo aquel proceder de los humanistas como juego nada peligroso, y mostrara para con los adeptos del renacimiento pagano una indulgencia que no puede merecer nuestra aprobación. Considerado desde el punto de vista eclesiástico, es en alto grado lamentable que aquel gran

(1) Yriarte, Rimini 259-260.

(2) Cf. arriba p. 109.

(3) Véanse más pormenores en Voigt II³, 96; cf. 474 s., donde se cita otra expresión semejante de Filelfo.

(4) Schnaase VIII, 532-533. Cf. arriba vol. I p. 157 s.

(5) Sobre la primera procesión del Corpus, en la que el Papa personalmente tomó parte, v. Caffari en Arch. d. Soc. Rom. IX, 609. El decreto de Nicolás V sobre la celebración de la fiesta visitationis s. virg. Mariae está en el Bullar V, 107 s.

Mecenas sentado en la Silla de Pedro, mirara, en su ardiente entusiasmo por las ciencias, sólo á los talentos y no á las tendencias de los humanistas.

Es indudable que hubo ya entonces algunos que se escandalizaron de este gran favor que el Papa dispensaba á los humanistas; así como tampoco faltaron otros que reprendieran sus grandes empresas arquitectónicas en Roma, y que hubieran visto con más gusto emplear el dinero invertido en ellas, en proseguir la guerra contra los turcos (1). Los enemigos del Renacimiento eran numerosos, principalmente en las Ordenes religiosas; y es característico para conocer la mudanza, de cada día más perceptible, que produjo la grandiosa actividad de Nicolao V, que el piadoso prior de los Canónigos regulares de Fiésole, *Timoteo Maffei,* salió entonces, en un propio escrito (2), contra aquellos que creían convenir á las personas religiosas solamente la «santa ignorancia»; tendencia contra la que ya se había declarado el gran Doctor de la Iglesia San Jerónimo. En oposición á los que consideraban los estudios humanísticos como contrarios á la devoción, demostró Maffei, trayendo sentencias así de los Santos como de los escritores profanos, cuán grande utilidad podían proporcionar los estudios clásicos aun á las personas religiosas. Y luego se

(1) Estos vituperadores, á los cuales pertenecían también Capistrano (v. Wadding XII, 247) y Poggio (v. Mai, Spicil. X, 320), debieron ser numerosos, pues el Papa en su alocución de despedida á los cardenales, defiende por extenso sus construcciones. También L. Birago se hace cargo de estas acusaciones en el Strategicon citado arriba en la pág. 210 not. 1. Fuera del mencionado manuscrito, vi también este *Strategicon en el Cod. Vatic. 3423 (cf. Georgius 214 sq. y Nolhac, Bibl. de F. Orsini 227) y en el Cod. G. VI. 14 de la *Biblioteca de la Universidad de Turín.*

(2) *Cod. Vatic. 5076 f. 1. «Timothei Veronensis canonici regularis in sanctam rusticitatem litteras impugnantem dialogorum liber primus incipit feliciter; dicatus ad Nicolaum V. summum maximumque pontificem.» Prologus (impreso en Maffei, Verona illustr. II, 83). El Liber primus llega hasta el folio 37; f. 38-87, liber secundus. Además de este ejemplar de la *Biblioteca Vaticana,* del cual poseo una copia completa, se halla también la obra entre los manuscritos de la *Biblioteca de S. Marcos de Venecia* (cf. Valentinelli II, 212) de la *Laurenciana de Florencia* (cf. Sabbadini, La scuola e gli studi di Guarino Guarini 140. 143), en el Cod. 39 (40) f. 99 de la *Biblioteca de Semur,* en el Cod. CCLVIII de la *Biblioteca capitular de Verona* y también en la *Biblioteca municipal* de la misma ciudad; además en la *Biblioteca Lolliniana de Belluno* y en la *Bibl. com. de Sandaniele en Friaul* (Mazzatinti, Inventari III, 132). Pienso volver sobre este escrito en otra ocasión. Sobre Maffei cf. Colangelo, Beccadelli 172; Marini II, 186; Giuliari, Lett. Veronese (Bologna 1876) 163 ss. 167 ss.

apoyó expresamente en la opinión del Papa, para quien no se podía hacer ninguna cosa que le fuera más agradable que fomentar dichos estudios (1).

Es asimismo muy notable una obra de apología filosófico-religiosa, que dedicó al Papa el dominico *Rafael de Pornaxio,* cuyo asunto es la harmonía entre la naturaleza y la gracia (2). «A algunos les parece superfluo—dice el autor en el prólogo—que un católico, principalmente una persona religiosa, estando en posesión de la verdad sobrenaturalmente revelada, se ocupe en otras cosas; y se llega á considerar esto como digno de reprensión. Cuán erróneo sea tal modo de ver, se colige del hecho, que el espíritu humano se aguza y prepara de un modo no despreciable, para entender las cosas divinas, por medio de los estudios de humanidades. Así procedieron aun los varones santos, los cuales no desdeñaron los estudios de humanidades, sino procuraron utilizar lo provechoso de ellos.» El erudito dominico cita en este concepto á Clemente Romano, San Agustín y Beda. «Muy bien—prosigue el autor—entendió esto Juliano el Apóstata, cuando prohibió á los cristianos, por una ley, regir las escuelas de los gentiles y aun frecuentarlas como discípulos.» En lo siguiente se dirige Rafael contra aquellos que se oponen con hostilidad á los estudios humanistas, pretextando que alejan á los hombres de la religión. Para probar lo erróneo de este concepto, trae el hermoso tratado de San Basilio, sobre el buen uso de los escritores paganos. Pero como, no obstante, los más no se dejan persuadir por sola autoridad, sino á fuerza de pruebas palpables, había formado Rafael de Pornaxio el plan de poner ante los ojos, en una obra especial, con la mayor claridad posible, la harmonía entre la naturaleza y la gracia. Tenía presentes en su trabajo, como lo dice él mismo, los Strómates de Clemente de Alejandría; pero Rafael quiso ceñirse, sin embargo, al texto de los Evangelios. Conforme á esto, propone en su obra el texto evangélico en el

(1) V. * Cod. cit. f. 36.

(2) * Raphaelis de Pornaxio Ianuen. ordin. praed. liber de consonancia nature et gracie. El año 1888 hallé esta obra, que hasta ahora se tenía por perdida, en un manuscrito de papel (n. 69) de la *Biblioteca de la ciudad de Frankfort* del Mein. Otro manuscrito hay en el Cod. 6 de la *Bibl. com. de Perusa.* (En la misma hay también un tratado de Rafael (v. Mazzatinti l. c. V, 237), que falta en Echard I, 831 ss.; II, 823 lo mismo que el de que se habla en el texto). En 1899 reparé todavía en un tercer manuscrito, que se halla en la *Bibl. de los estudios de Salzburgo* Cod. V. 4. G. 154.

centro de la página, y lo acompaña con la declaración y exposición de la harmonía de los Evangelios con las sentencias de los escritores paganos, agrupadas en forma de glosa en torno de él. Cítanse allí los más diversos escritores gentiles, principalmente Cicerón, Séneca, Platón, Aristóteles, Ovidio, Virgilio, Tácito y Livio. La parte histórica de los Evangelios la ilustra Rafael de Pornaxio por medio de Flavio Josefo y Filón; al paso que, para la parte moral, se vale de diversos autores gentiles; y para justificar este modo de proceder, trae á la memoria que el Papa Inocencio III adujo á Catón, y Santo Tomás de Aquino las Fábulas de Esopo. En la dedicatoria á Nicolao V, hace referencia el erudito religioso á la harmonía de los Evangelios de Santo Tomás, hecha con sentido semejante al de su obra; como Santo Tomás declara allí los Evangelios con las sentencias de los Santos, así quería él ilustrarlos con pasajes de los filósofos y de los demás escritores paganos.

La celosa y amante solicitud del Papa, entusiasta de las ciencias, se extendió también al dominio de la literatura eclesiástica; por la cual se había ya interesado vivamente, cuando ni por asomos podía pensar en su elevación á la más encumbrada dignidad de la Iglesia (1).

Entre las lagunas que era menester llenar en el terreno de la literatura eclesiástica, había algunas faltas que se sentían principalmente, las cuales movieron la liberalidad de Nicolao V á demostraciones parecidas á las que se atribuyen á Alejandro en su conquista del Asia. Así prometió el Papa una recompensa de 5,000 ducados, á quien le trajera el Evangelio de San Mateo en su lengua original. Este era, de todos los descubrimientos que se deseaban, aquel á que daba el Papa mayor importancia (2). Fueron muy numerosas las traducciones eclesiásticas promovidas por Nicolao V; Manetti recibió el encargo de elaborar una versión latina del texto griego del Nuevo Testamento; Tortello debía, por mandato suyo, traducir la vida de San Atanasio compuesta por San Gregorio Niseno; Jorge de Trebisonda algunas obras de los SS. Cirilo y Basilio y la *Praeparatio Evangelica* de Eusebio. Al último se confió también la traducción de las célebres Homilías de San Juan Crisóstomo sobre el Evangelio de San

(1) Cf. arriba p. 22.

(2) Muratori XX, 593; cf. Rio II, 24.

Mateo, á las cuales daba el Papa singular importancia; pero como la labor de Jorge Trebisonda se tuvo por deficiente, le sustituyó en sus trabajos Teodoro de Gaza (1). El poeta Publio Gregorio da Città di Castello, que fué á Roma en tiempo de Nicolao V, tradujo cierto número de las otras homilías de San Juan Crisóstomo (2). En la dedicatoria á Nicolao V, decía este escritor, que le parecía principalmente oportuna la traducción del elogio de Job por San Juan Crisóstomo para el tiempo del próximo jubileo, en el cual estamos obligados á abrazar algunas penalidades, para hacer con ellas penitencia, y así aprovechar saludablemente aquel tiempo de gracia.

También procuró Nicolao la composición de obras originales de la literatura eclesiástica. Giannozzo Manetti recibió el encargo, apropiado á la época, de componer una obra apologética contra los judíos y gentiles, y con ella estaba en relación una nueva versión del Antiguo Testamento; pero el Papa no vió en sus días terminado este importante trabajo (3). El célebre cardenal Torquemada, de la Orden de Santo Domingo, dedicó al Papa dos obras teológico-jurídicas (4); el canónigo florentino Antonio degli Agli, más adelante obispo de Fiésole y de Volterra, coleccionó las vidas y hazañas de los Santos (5). En el prólogo de esta inte-

(1) Vespasiano da Bisticci, Nicola V. 26. Giorgio Trabisonda 2. Georgius 180. Voigt II³, 198. Pagnotti in Arch. d. Soc. Rom. XIV, 434 s.

(2) Cf. Gabotto, Ancora un letterato del quattrocento: Publio Gregorio da Città di Castello (ibid. 1890), y Delaruelle in Mél. d'archéol. XIX, 9 ss.; v. también Mancini, Cortona nel medio evo (Firenze 1897) 346 ss. Cf. Voigt-Zippel 52 y Falk en el «Katholik» 1895 II, 146. Respecto de la traducción del Crisóstomo (se halla manuscrita con frecuencia, por ejemplo en el Cod. P. 129 de la *Biblioteca nacional de Madrid* y en *Londres*, *Museo Británico* Cod. 16 423) cf. Migne P. gr. XLIX, 273-276; LVI, 563-564. Sobre las impresiones v. Hoffmann Bibliograph. Lexikon, 2. Ausg. II, 419, y Falk en «Katholik» loc. cit.

(3) Voigt II³, 82. Burckhardt I⁷, 215. Pagnotti en Arch. d. Soc. Rom. XVI, 436.

(4) V. Georgius 197. 211-214. Cf. Lederer, Torquemada 264 (aquí hay un extraño error sobre la Biblioteca Barberini, cuya fundación atribuye el autor á P. Barbo).

(5) Sobre este piadoso obispo cf. Mai, Spicil. I, 273 sq.; Ughelli I, 377; III, 336; Mazzachelli I, 1, 185 ss.; Flamini en Giorn. st. d. lett. ital. XVI, 28. La dedicatoria de la obra mencionada en el texto comienza de esta manera: * «Antonius Allius presbiter sanctissimo d. n. Nicolao P. V. Sanctorum vitas gestaque scribere ac iuxta temporum aliquam rationem ordinare digerereque adorsus et desperatione inveniendi quae certa atque irreprehensibili fide reponere possem perterritus, cum aliqua iam scripsissem, opus sic inchoatus relinquere statui. Et nisi pium tuae sanctitatis, beatissime pater, studium atque hortatus iterum ad scribendum me animasset, coepta penitus omisissem. Cum igitur tuae sanctitati pergratum futurum esse opus ipsemet mihi assereres: pium vero atque utile posteritati fore videretur, denuo receptis animis me ad scribendum converti.» Cod. Vatic. 3742. *Biblioteca Vaticana.*

resante obra acentúa el autor, haber sido el Papa quien le movió á reanudar su trabajo, de que ya había desistido. Asimismo acerca del fin que en su libro se había propuesto, hallamos en él muy apreciables noticias. «Desgraciadamente—continúa Agli—las más de las leyendas están llenas de fábulas, y escritas en una forma afectada ó de mal gusto; con lo cual se hace al Cristianismo despreciable á los ojos de los que tienen formación humanística.» Este daño quiere remediar Agli, sacando sus datos de las mejores fuentes patrísticas, y buscando en particular antiguos manuscritos latinos, que son más seguros que los griegos, porque los papas se esforzaron desde muy antiguo por depurar y conservar las actas de los martirios. Considerando la necesidad de una obra semejante, había ya antes comenzado un trabajo parecido el erudito Ambrosio Traversari, y él, Agli, había hecho lo posible para que su obra fuera digna de ser recibida en la biblioteca pontificia. Escribieran otros sobre los héroes mundanos de Roma; él quería glorificar á los héroes de la Iglesia (1).

Fué, finalmente, de gran trascendencia la actividad que desplegó Nicolao V como coleccionador de libros. Puede fácilmente pensarse qué celo desplegó cuando tenía á su disposición los más grandes recursos, aquel varón que, aun viviendo en la pobreza y estrechez, había empleado en comprar manuscritos todo cuanto podía economizar, llegando á contraer deudas para satisfacer sus no pequeñas necesidades literarias.

El más bello adorno del nuevo palacio Vaticano debía ser una magnífica biblioteca; y su creación, con la cual quería Nicolao elevar á Roma, por todos los siglos venideros, á la dignidad de centro de las ciencias, fué por ventura el pensamiento más grande de aquel Papa, igualmente digno de veneración por su íntima piedad, por su virtud y erudición variada. Bajo la inmediata tutela de la Santa Sede, proyectaba conservar á la posteri-

(1) * «Hunc primum librum, prosigue la dedicatoria, his contractioribus a me noctibus lucubratum tuae sanctitati videndum examinandumque transmitto: quem si tua auctoritate probaveris, maioribus ad eos, qui sequuntur, animis deinceps expediendos accingas.» Síguense observaciones sobre el orden de su obra. Cod, cit de la *Biblioteca Vaticana.*

dad, segura é inviolablemente, los gloriosos monumentos del genio griego y romano. La importancia total de esta fundación, no se puede medir sino considerando que ocurría en una época, cuando Italia no conocía aún la imprenta, y el precio de un corto número de manuscritos sobrepujaba muchas veces las facultades de un investigador (1).

El celo que desplegó el Papa en la disposición de esta preciosa colección de libros, no tiene ejemplo; no contentándose con reunir los manuscritos que se hallaban en Italia y hacerlos reproducir; sino poniendo en movimiento en casi todos los países de Europa á hombres que se ocuparan en enriquecer la Biblioteca pontificia. Ya en 1448, dan noticia los libros de cuentas de una compra de libros hecha en París (2); y principalmente desde el año jubilar de 1450, que proporcionó al Papa tan copiosos ingresos, tomó la búsqueda y compra de libros una extensión siempre creciente. En todas direcciones, hasta Grecia, hasta Inglaterra y hasta al Gran Maestre de la Orden Teutónica, en Prusia, se despacharon comisionados para escrudiñar ocultos tesoros literarios y comprarlos ó transcribirlos (3). Aun los Legados pontificios, como por ejemplo Cusa, se ocupaban en sus viajes en este negocio; pues sabían que no podían llevar al Papa otra cosa que le fuera más agradable (4). El influjo de la Santa Sede se extendía por toda la Cristiandad; y Nicolao se aprovechó de él, no para procurarse utilidades, sino para recoger libros. El precio de ellos no debía retraer de la compra á ninguno de sus agentes, y cuanto mayor botín le traían, más contento quedaba el Papa. Apenas percibió éste el rumor de que existía un Livio completo, que se había hallado en Dinamarca ó Noruega, envió allá en seguida un agente especial, muy bien provisto de cartas de recomendación. Dicho agente fué el conocido Alberto Enoche de Ascoli, el cual no regresó hasta fines de 1455; y así Nicolao V no pudo conseguir la satisfacción de admirar los resultados de la investigación de Enoche, entre ellos

(1) Cf. Reumont, Lorenzo I², 382 s. y Zwiedinek, Ztschr. f. allg. Gesch. V, 470 s.

(2) Cf. Müntz-Fabre 46-47.

(3) Cf. Philelfi Epist. XIII, 1, y la *Oratio funebris pronunciada por Nicolás Palmieri O. S. A., obispo de Catanzaro, más tarde de Orte y Cività Castellana, el primer día de las exequias de Nicolás V. Cod. Vatic. 5815 f. 10. *Biblioteca Vaticana*..

(4) Cf. Pool. 148 y Hist. Jahrbuch VIII, 654.

una parte del libro de Suetonio *De Viris Illustribus,* y probablemente también la *Germania* de Tácito, que había caído en un completo olvido (1). Por el contrario, pudo gozarse el Papa con las adquisiciones que hicieron sus secretos agentes de libros, los cuales trabajaron por su encargo, antes y después de la caída de Constantinopla, en la región oriental de los griegos y turcos (2). El Papa se manifestó humanista cristiano, por cuanto en estas cazas de manuscritos hacía que se buscara ante todo el texto primitivo del Evangelio de San Mateo (3). De qué manera tratase el augusto Mecenas con sus agentes de libros y con los humanistas, lo manifiesta una notable carta de Nicolao Perotti de Trebisonda. Este escrito es tan característico, que vale la pena de incluir sus principales pasajes. «Temo—comienza Perotti—que V. S. no sabe cuánto amo, venero y admiro su bondad; lo cual, si por lo menos no queda desconocido para V. S., todo lo demás estará ya bien; pues á los que aman, les basta el consuelo de saber que su amor no está escondido para aquellos á quien aman. Mas cuando llegan siquiera á sospechar lo contrario, no queda para ellos ningún consuelo. La causa, pues, de mi amor, es V. S. mismo y vuestra ilimitada generosidad; tan grande es la suma de dinero que V. S. me ha enviado con excesiva benevolencia. Ninguno de mis con-

(1) Sobre Enoche v. Reumont en el Arch. stor. ital., 3. Serie, P. XX, 188-190; Voigt II³, 199 ss. (cf. Reifferscheid en la Deutschen Litterat.-Ztg. 1883 p. 234); Intelligenzblatt z. Serapeum 1867 p. 11; Deutsche Städtechroniken III, 5 Anm.; IV, 281 Anm.; Hipler. Annal. Warmiensia 20; Müntz-Favre 36 s.; Mancini, Alberti 329; V. Rossi, Giov. de' Medici 138 ss.; Voigt-Zippel 13 y Jorga 27. Voigt ha hallado en el archivo de Königsberg, y publicado el Breve de Nicolás V al gran maestre Luis de Erlichshausen, en el cual se recomienda á Enoche. Entre otros, leemos este pasaje: «Nolumus enim ut aliquis liber surripiatur, sed tantummodo ut fiat copia transscribendi». En este Breve no se dice una palabra de que el Papa hubiese mandado á los monjes, so pena de excomunión, el mostrar sus libros (como refiere Vespasiano); por lo demás, semejante amenaza no hubiera sido del todo desacostumbrada. Clemente V la pronunció en un caso particular (Stimmen aus Maria-Laach LVIII, 399), como también más tarde León X, según demostraré en el cuarto tomo con un documento de la *Biblioteca de Wolfenbüttel*.

(2) Voigt II³ 202 ss. Aunque fueron destruídos muchísimos manuscritos en la conquista de Constantinopla, todavía se salvaron algunos. Después del mencionado acaecimiento, pudiéronse transportar felizmente de Pera á Chio, libros, reliquias, cálices, etc. como lo cuentan los Genoveses en una Carta fechada el 13 de Febrero de 1461, que está dirigida al Papa Pío II. Litt. vol. XXII *Archivo público de Génova*. Cf. también en el apéndice n. 52, el decreto de Nicolás V, d. d. VIII Id. Oct. 1453, tomado del *Archivo secreto pontificio*.

(3) Cf. arriba p. 217.

vecinos ignora ya esto, y todos cuando lo oían quedaban arrebatados de admiración y asombro, viniendo por esta vía al conocimiento de todos vuestra magnífica liberalidad y bondad. Pero de esto ya basta. Como deseaba cumplir con todas mis fuerzas el encargo de V. S., para pagar al menos en parte mi deuda, envío á V. S. por medio del cardenal de Nicea, mi señor, cuatro libros, de los cuales el primero contiene los cuatro Evangelios, el segundo las oraciones de San Gregorio Nazianceno, quien, como V. S. bien sabe, llamó al amor dulce tirano. El tercero contiene los problemas de Aristóteles, y por cierto más de los que había visto hasta ahora, y además los problemas de Alejandro Aphrodisio, que es de la misma escuela. El cuarto, finalmente, abraza los discursos forenses de Demóstenes. Estos manuscritos, aun cuando se han buscado con el mayor esmero, no se han podido encontrar sino á costa de infinitos afanes; pero los envío en la confianza de poder remitir cada año otros tantos ó todavía más. Hallar muchos de una vez, será extremadamente difícil; por el contrario, no es imposible enviar cuatro ó cinco cada año, como un censo y un tributo á V. S.» (1).

Los manuscritos que de nuevo se adquirían eran en seguida reproducidos y enmendados en Roma; un ejército de copistas, entre ellos muchos alemanes y franceses (2), estaban ocupados continuamente en trabajos de este género, así como en copiar los manuscritos que no podían comprarse. Cuando en 1450, á causa de haberse declarado la peste en Roma, se marchó el Papa á Fabriano, donde entonces se fabricaba el mejor papel, llevó consigo á sus traductores y copistas para no perderlos en el contagio (3).

Nicolao V, que era él mismo buen calígrafo, no admitía más que hermosas copias; algunos manuscritos de la Biblioteca Vaticana dan todavía hoy testimonio del gran cuidado que se ponía en la exterior disposición de los libros. El material era casi exclusivamente pergamino, y la encuadernación por demás lujosa, señalada siempre con las armas del Papa, y los broches y guarniciones adornados muchas veces con esmaltes (4).

(1) Müntz-Fabre 113-114.
(2) V. Gaye, Carteggio d'artisti (Firenze 1839) I, 164.
(3) Manetti 928.
(4) Müntz Gaz. des beaux arts (1877) XV, 419, y Müntz-Fabre 44. Sobre los manuscritos de Roma v. Serapeum XIII, 294. Nicolás V se dirigió repetidas veces á Cosme de Medici, para obtener manuscritos griegos; v. Fabronius I, 135; II, 222.

Con estos incesantes afanes logró Nicolao V, en un tiempo relativamente corto, juntar una biblioteca que fué por entonces única en su clase. «Si el Papa—dice Vespasiano da Bisticci—hubiera podido llevar á cabo enteramente sus designios, la biblioteca que dispuso en San Pedro para toda la Curia, hubiera llegado á ser una cosa maravillosa» (1). Esta colección, digna de la Sede Apostólica, debía estar públicamente abierta á todos los eruditos (2); y su más diligente lector era el mismo Papa, como lo muestra el inventario de los libros que se hallaron después de su muerte en su gabinete de estudio (3).

La custodia de su biblioteca confióla el Papa á Juan Tortello, modesto erudito que no vivía más que para sus libros, y estaba tan versado en la Teología como en los clásicos (4). Pocas veces ha tenido un bibliotecario tan amplias facultades como él para gastar en libros; cuantos más adquiría Tortello, estaba seguro de alcanzar mayor reconocimiento del Papa. Según Buoninsegni, gastó Nicolao V para su biblioteca, más de 30,000 escudos de oro (5). Según otro cómputo, empleó el Papa para objetos de biblioteca, unos 40,000 escudos (6).

(1) Mai, Spicil. I, 49. Cf. Mél. d'archéol. XVI, 455.
(2) «Pro communi doctorum virorum commodo»—léese en el Breve mencionado arriba p. 221, n. 1, en favor de Enoche. Sobre las colecciones de libros reunidas por los predecesores de Nicolás V, cf. Reumont III, 1, 331; G. B. de Rossi, La Biblioteca della Sede apost., en los Studi e docum. A° V (1884), 317 ss., y el excelente estudio de F. Ehrle, Zur Gesch. des Schatzes, der Bibliothek und des Archives der Päpste im 14 Jahrh., en el Archiv. für Litt.-u. Kirchengesch. des Mittelalters (Berlin 1885) I, 1 ss. 228 ss., y el meritísimo y fundamental trabajo del mismo erudito: Hist. biblioth. Romanor. Pontificum I (Romae 1890). Cf. vol. I, p. 188.
(3) Publicado por Amati en el Arch. stor. Ital., 3. Serie, III, 207-212, y se halla en Storza 385-391.
(4) Tortello pertenecía á los confidentes del Papa; v. Cortesius en Galletti, Villani 227; Zeno I, 146, y Mancini, Valla 173 ss. Cf. Zanelli 39; Voigt II³, 90. 92; Anecdot. lit. IV, 374 ss., y «Katholik» 1895 II, 147, como también la revista Il Muratori (Roma 1892), I, 17 s. Tortello fué hecho subdiácono en 1450; v. Barozzi-Sabbadini, Studi 127.
(5) Buoninsegni, Storie di Firenze (Firenze 1637)112.
(6) Assemani, Praef. ad vol. I. Cat. Cod. ms. Bibl. Vatic. p. XXI. Sobre los libros del siglo XV cf. Reumont, Lorenzo I², 382 ss. 419 ss, y Wattenbach, Schriftwesen des Mittelalters (Leipzig 1871; 2. Aufl. 1875). Sobre los precios de los libros y manuscritos, además de las obras citadas por Voigt I³, 401 s. v. también Savigny III, 593 ss. Schulte, Quellen II, 457; Müntz, Renaiss. 57; Col-